



### CAPÍTULO XIII.

---

¡AQUÍ ESTÁ JOSÉ MARÍA GÓMEZ!



impulsos de un viento arrasante, las copas de los árboles de la hacienda se agitaban, silvaban los tejados de las rancherías, como si una legión de duendes, en desordenada fuga, atravesara aquellos lugares.

Por todas partes se oía el ladrar de los perros, y el siniestro rumor del tumulto mezclaba sus ruidos al prolongado gemir del viento que azotaba puertas que se abrían, y

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO



umentaba la densidad de las tinieblas con hondonadas de polvo que arrancaba de la tierra para lanzarlas contra las sombras de la noche.

En medio de los ruidos confusos, salían de vez en cuando gritos de alarma, voces de mando, imprecaciones, gemidos, ayes y blasfemias. Por lo pronto hubiera sido imposible definir aquel conjunto de desórdenes, en los que la naturaleza parecía tomar una parte tan activa.

Bien pronto á los gritos sucedieron las detonaciones, cuyos ecos parecían ahogarse á veces en el ruido general y otras veces rimbombaban llevados por las violentas ráfagas de viento.

Sería imposible describir el terror que se apoderó de los paseantes, especialmente de las señoras, quienes, pasando del sueño al pánico, formaban grupos en los rincones, ó huían en tropel espantadas, sin saber qué sitio de refugio elegirían.

Carlos, que á la sazón velaba, fué el primero en acometer el peligro, y fué quien

advirtió los primeros indicios de aquel asalto inesperado. La casa de la hacienda estaba rodeada por todas partes, y la servidumbre, descuidada á esas horas, no había tenido tiempo de prepararse á la defensa; había más, la servidumbre dormía con el sueño del peón, que es lo mas parecido á la muerte que se conoce.

Carlos recorría con fatigosa precipitación, los dormitorios de los criados, quienes á pesar de todos los esfuerzos de su amo atribulado, gozaban de la dulce anestesia de su sueño.

Esta dilación fué suficiente á hacer imposible toda resistencia ordenada, apesar de la actividad que Carlos desplegaba.

Resonaban, sin embargo, disparos de rifle y de pistola por todas partes.

Castaños, por la primera vez en su vida, no se puso corbata, y se envolvió en un cobertor.

Las señoras, en unión de todos los santos de su devoción, invocaron á Castaños, á



quien le gritaban todas, mezclando su nombre con las palabras de la «magnífica.»

No tardó aquel santo enjestar rodeado de todas las señoras.

Castaños encontró como siempre, mas conveniente poner en puerto seguro á todo aquel bello sexo, que hacer fuego por tronera ó balcón, exponiéndose á atrapar un constipado; de manera que, inspirado por una buena idea, se lanzó en pos de las llaves, que él conocía, y gritó:

—Siganme, muchachas; y se encaminó á una bodega; la abrió y brindó con aquel asilo seguro á las señoras, que no podían tenerse en pié de susto.

Don Homobono Pérez fué el primero que se unió con Carlos, dispuesto á defenderse.

Don Nestor y las otras autoridades, conocían la comprometida posición en que se encontraban, y cada una de ellas hubiera querido evadirse, pero ya era tarde, y se hacía forzoso arriesgar el todo por el todo.

Salvador y Chona no parecían, y esta

circunstancia causó un efecto profundo, así en Carlos como en todas aquellas personas encargadas por la situación, casi exclusivamente de contarse unas á otras.

Carlos por su parte, al notar esa desaparición, conoció que no sería dueño de sí mismo, si llegaba el momento de encontrarse con Salvador algunos momentos después.

Unos gritos furiosos resonaban en el interior de la casa, gritos que se mezclaban á los disparos y á los golpes que daban simultáneamente en varias puertas.

—¡Aquí está José María Gómez! gritaba éste en el colmo de la embriaguez y de la ira, ¡abran ó quemamos la hacienda! ¡Viva el general Márquez!

Todo esto había pasado en menos tiempo del que necesitamos para describirlo, pues cada uno obraba de por sí, movido por el temor del común peligro.

Salomé, que también velaba, al oír los primeros rumores, se había puesto de pié tras de la puerta de su calabozo; no sabía qué suerte la esperaba, pero nació en ella



la esperanza de verse libre, merced á aquel acontecimiento extraordinario; pero cuando oyó la voz de Gómez, declarándose el autor de aquel asalto, desaparecieron de pronto todas sus dudas con respecto á su perdido amante, y se estremeció de piés á cabeza, al considerar cuán desgraciada era, cuando no tenía de su parte en el mundo más que á Gómez; y desde luego se puso á elegir entre la prolongada acción de la justicia sobre ella, y su ningún valimiento, ó el oprobio de pertenecerle y seguir á un hombre que, decididamente, no era otra cosa sino un ladrón de caminos.

—Qué haremos en esta tribulación, Castaños de mi alma? decía doña Refugio, que como siempre estaba á la cabeza del grupo de las señoras.

—Qué hemos de hacer, mi vida, contestó Anita, á quien siempre le ocurría algo de provecho, qué hemos de hacer sino encomendarnos muy de veras á Dios Nuestro Señor; porque si su Divina Majestad no lo remedia, quién sabe lo que será de nosotras esta noche.

—Tiene razón Anita, dijo una señora, recemos el Trisagio.

—Las señoras que estaban calladas se habían anticipado ya á los deseos de Anita, conjurando el mal, con entregarse cada una á sus respectivas devociones.

—Me ocurre una idea, dijo Castaños.

—Veamos cuál, contestó doña Refugio.

—¿Ya saben ustedes quién es el que capitanea á los bandidos? preguntó Castaños.

—¿Quién?

—José María Gómez.

—¡Gómez! exclamó doña Refugio.

—El mismo; ya no cabe duda de que es un criminal; y para que ustedes se lo sepan, no viene movido por otra idea que por la de redimir á Salomé.

—Pues que se la den, dijo Anita.

—Que se la den, repitieron varias señoras, interrumpiendo sus piadosas oraciones.

—Ahí me las den todas, dijo un pollo, y no me parece natural ni debido que nos expongamos todos, especialmente las señoras, sólo por guardar á esa mujer que, sabe



Dios qué antecedentes tendrá, cuando tiene por amante, nada menos que al capitán de los ladrones.

—Es cierto, dijeron varias personas.

—Si no es más que eso lo que quiere, es bien sencillo darle gusto, agregó Carolina.

—Sería bueno avisar que se la entreguen.

—Sí, por vía de transacción, que al menos esa mujer sirva de garantía, de prenda pretoria.

—Muy bien pensado.

—En ese caso se necesita un parlamentario.

—¡Silencio! dijo Castaños, oigan ustedes, los gritos se acercan.

Hubo un instante de silencio durante el cual todos pudieron oír distintamente estas palabras:

—Abran.... aquí está José María Gómez.

—Ya lo oyen ustedes, es Gómez, dijo Castaños, ya no hay que vacilar; las sospechas del señor don Nestor eran fundadas, y lo que ha hecho el señor don Carlos con abogar por Gómez, no ha sido más que comprometer á la justicia.

—Y comprometerse á sí mismo, dijo doña Refugio, quien estaba desde aquel momento decidida á no seguir abogando á su vez por Salomé, supuesto que no cabía duda en que pertenecía al asaltante.

En este momento sonaron fuertes golpes á la puerta de la bodega.

—¡Jesús María y José! dijeron en coro varias señoras.

—¡Silencio! dijo Castaños.

Los golpes se repitieron.

—¡Glorifica mi alma al Señor! dijo otra voz.

—¡Silencio! repitió Castaños.

—Soy yo, dijeron por afuera.

—¿Quién es usted? preguntó Anita.

—Yo soy, D. Nestor.

—¿Qué hay? preguntó entonces Castaños.

—Abra usted.

Castaños abrió la puerta.

—¿Está aquí la presa? preguntó don Nestor.

—No; no está aquí, dijo Castaños, está en su calabozo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1928 MONTERREY, N.M.



—No está allá, dijo á su vez D. Nestor; el bárbaro del centinela ha abandonado su puesto á la primera alarma.

—¿Y se ha escapado la presa?

—Sí, ya no está en el calabozo.

—¿No lo dijimos? exclamó Anita, si lo que Gómez quiere es llevársela, por eso insisto en que sería bueno ofrecérsela por vía de transacción.

—¡Una transacción con los bandidos! dijo D. Nestor escandalizado del procedimiento, ¡la autoridad transigir de esa manera! eso no puede ser.

—Es que nos acaban á todos, dijo una señora.

—¡Que nos acaben! dijo D. Nestor.

—A mí no, dijo Anita, ¿qué razón hay para que nos acaben á mí y á estas señoras, sólo porque los procedimientos de don Nestor estén arreglados á la ley.

—Aquí no hay más ley que la de la propia conservación.

El ruido seguía creciendo al grado de hacerse formidable; ya toda la servidumbre

en pié había tenido tiempo de seguir las órdenes de Carlos y de D. Homobono, quienes se ocupaban en aquellos momentos de aglomerar tercios de maiz contra la puerta del zaguán de la hacienda para formar una barricada, mientras que dos de los dependientes, Santibañez y el yerno de D. Nestor, hacían fuego desde la azotea.

Estaban frente á la casa de la hacienda más de treinta caballos, á lo que podía calcularse en medio de las sombras.

—Voy á seguir buscando á la presa, dijo D. Nestor; afortunadamente no han logrado vencer la puerta, y á cada momento se hará esto mas difícil, porque nos estamos fortificando.

—¡Acá todos! gritó una voz por fuera de la bodega.

—Vamos, señor Castaños, dijo D. Nestor.

Castaños abandonó con mucho pesar á las señoras, y pocos momentos después, estaba también ayudando á formar barricadas en todas las puertas amenazadas.



En el fondo de uno de los corrales, pasaba á la sazón una escena singular.

Salomé hablaba con un hombre desconocido.

—Sí, señora; decía éste, D. Gómez fué, que ya se sabe por todo el pueblo.

—¿Es posible?

—Sí, señora; y de los dos sólo ha parecido el viejo que se llama D. Santiago; pero en cuanto al muchacho, ni su luz.

—¿Pero quién es el muchacho á quien se refiere usted?

—Es el hijo de D. Santiago, ó mejor dicho, no es su hijo legítimo, porque es el niño que este señor recogió; es el niño que se les escapó á los maromeros, porque dicen que un día dijo que ya no quería ser del circo, y se escapó y lo cogió después D. Santiago para hacerlo hombre, y cuando se lo llevaba á México para ponerlo en un buen colegio, le cayó Gómez y se los llevó á los dos.

—¿Quién anda por ahí? preguntó una voz, desde el extremo opuesto del corral.

—Yo, D. Nestor, contestó el que hablaba con Salomé.

—¿Con quién está?

—Con la señora.

—Venga usted acá con ella.

El desconocido y Salomé avanzaron hacia donde estaba D. Nestor.

Entretanto se había apoderado de Salomé el mas profundo despecho, y al acercarse á don Nestor, exclamó.

—Señor, en todo caso óigame usted; soy inocente del delito que se me acusa, pero más que inocente, soy desgraciada.

Gómez.... es cierto, es mi amante.

—¡Gómez es un plagiario! contestó indignado D. Nestor.

—¿Pero usted no sabe á quién ha plagiado?

—Sí, á D. Santiago.

—No: á mi hijo.

—¿A su hijo de usted?

—Sí, al hijo á quien busco hace tanto tiempo, al fruto de los amores que me han arrancado tantas lágrimas.



—¿Y ese hijo es el de Gómez?

—Sí señor.

—¿Y Gómez lo sabe?

—No, no conoce á su hijo; por piedad, señor, tenga usted piedad de esta pobre madre, permítame usted salvar á mi hijo, y después puede usted sepultarme para siempre en una cárcel, pero que mi hijo viva, que lo vea yo, al menos una sola vez, que vea yo á Gómez nada más el tiempo necesario para decirle quién es ese niño que tiene en su poder, se lo ruego á usted de rodillas, un momento, sólo un momento.

Y Salomé se arrojó á los piés de D. Nestor, con toda la pasión de que es capaz una madre, al grado que D. Nestor sintió que se enternecía y que á pesar de su reconocida severidad en materia de procedimientos judiciales, no pudo menos que echarse á pensar en el medio de conciliar sus deberes con las exigencias de su carácter de autoridad, conocedora oficialmente del asunto.

En aquel momento los disparos habían cesado por una y otra parte, y esta suspen-

sión de hostilidades llamó fuertemente la atención de D. Nestor que, olvidándose repentinamente de Salomé, corrió á inquirir noticias ó á cerciorarse de que los bandidos se habían retirado.

Aquel silencio repentino fué aún todavía más pavoroso é infundió más terror á los asaltados, que los tiros, la gritería y el desorden que hasta allí habían reinado.

De todos los ánimos se apoderó el vehementemente deseo de saber lo que estaba pasando.

